

Martin los vió alejarse rápidamente, y salió escurriendo agua de su escondite.

Procuró tomar entonces una direccion opuesta á la de la ronda, sacudiéndose para secarse, y dando rodeos por las calles, de manera que si por desgracia seguian el rastro del agua, no diesen con él.

Cuando estuvo seguro de que ya no se desprendian gotas tan gruesas y tan abundantes de sus ropas, se dirigió á su casa, y llegó en los momentos en que menos le esperaba la pobre muda.

Martin se desnudó con tanta tranquilidad como si nada le hubiera pasado, y á poco rato dormia como si no le anduviesen buscando las rondas por toda la ciudad.

XIII.

De lo que Martin, Don César y Teodoro acordaron respecto de Doña Esperanza, y de lo que habia pasado á Doña Catalina.

Las pesquisas fueron inútiles para encontrar á Garatuza; el virey se contentó con prevenir á la justicia que procurase su aprehension, y Martin para no tener un mal encuentro, determinó permanecer oculto en su casa.

Doña Esperanza habia quedado sola sobre la tierra y comprendió por fin su situacion y la muerte de Doña Juana, á pesar del cuidado que por ocultarla tuvo Martin.

Si Leonel no hubiera estado preso, quizá Esperanza no hubiera sentido tan absoluto su aislamiento; pero no sabia mas de él sino que continuaba en desgracia, y esto aumentaba lo profundo de su pena.

Martin se resolvió una noche á salir para ir en busca de Teodoro; era el único de sus amigos en quien tenia plena confianza, y el único capaz de darle sus consejos y valerle en algo.

Teodoro recibió á Garatuza con el mismo cariño de siempre, y éste le contó los últimos acontecimientos de su vida. Teodoro le escuchó hasta el fin.

—¿Y qué pensais hacer ahora?—le preguntó.

—En cuanto á mi persona, ya Dios dirá; pero he aquí que tengo otra cosa de mas importancia que me aflige en estos momentos.

—¿Y qué cosa es esa?

—¿Sabeis que se incendió la «casa colorada?»

—Sí, la de la calle de las Canoas.

—Exactamente: pues bien, esa casa pertenecía á Doña Juana de Carbajal, que en ella vivia con su hija.

—Sí.

—Doña Juana pereció entre las llamas, yo logré salvar á la jóven y está en mi casa; pero ha quedado sin tener en el mundo persona á quien volver sus ojos.

—Oh! si eso es todo, ya sabeis que mi casa y mi persona pueden servir de algo; no soy muy rico, pero en fin.....

—No, Teodoro, no es precisamente eso de lo que se trata: voy á contaros parte de un gran secreto, con el designio de que me ayudeis, que se trata de una buena obra.

—Bien, decid.

—Doña Esperanza, que así se llama la jóven de que os hablo, es hija de Don Pedro de Mejía.

—¿Hija de Don Pedro?

—Lo sé de una manera indudable; es su hija, y mi gran empeño es obligarle á reconocerla, porque esa jóven debe y merece ser la heredera de Don Pedro.

—Ciertamente.

—Pero esto importa prepararlo y ejecutarlo pronto.

—Tan pronto, que segun me ha referido Don César, á consecuencia de todo lo acontecido, Don Pedro ha comenzado á enfermarse seriamente.

—Pues entonces la cosa importa mas de lo que yo pensaba. ¿Qué os parece?

—Páreceme que ante todo consultemos con Don César

de Villaclara, que está mas al corriente de lo que ocurre en la casa de Mejía.

—Los tres podremos coordinar mejor nuestro plan; pero hay el inconveniente de que yo no puedo sin peligro salir con frecuencia á la calle, por lo que os llevo referido.

—Esa es cuestion de poco momento, que yo tengo de buscar á Don César y podré llevarle á vuestra casa, en donde trataremos el asunto, que como vos decís, es de grave importancia.

—¿Y cuándo creéis vos encontrar á Don César?

—Quizá en esta noche misma, que me trajo en guarda á una jóven que ó porque no le agradó nuestra compañía, ó por lo que mejor le pareció, duró aquí poco tiempo, y sin despedirse siquiera, el dia menos pensado se desapareció.

—¿Fugóse?

—Sí, y Don César, que lo sabe ya, quizá venga esta noche á tratar de ello conmigo.

—¿Calculais á la hora que debe de venir?

—Supongo que si viene no será ya mas tarde.

Se oyó en estos momentos llamar al zaguan.

—Quizá sea él—dijo Martin.

—Es casi seguro—contestó Teodoro—que á nadie mas espero.

En efecto, pocos momentos despues se presentó Don César; Teodoro le contó cuanto Martin le habia referido, y además el proyecto que tenian entre manos.

—Prudente me parece todo eso—dijo Don César—y debo advertiros que cuanto antes, es mejor que comenceis vuestra obra, porque Don Pedro se agrava dia á dia.

—Mañana mismo—contestó Martin—pero deseábamos consultar en esto vuestra opinion, para elegir el camino mas seguro.

—Verdaderamente no me ocurre; el único amigo de Don Pedro es Don Alonso de Rivera, y estoy cierto de que él no patrocinará vuestra causa, porque se destruye con ella la esperanza cierta que tiene de ser el heredero de Don Pedro.

—Teneis razon.....

Los tres se pusieron á meditar.

—¿Os parece—dijo Garatuza—que por medio del confesor de Mejía se conseguiria alguna cosa?

—Hay dos inconvenientes—contestó Don César—por lo que he visto en la casa; primero, que Don Pedro no tiene confesor, y luego aun cuando le tuviese, era difícil hacerle entrar en el plan y libertarle del espionaje que tiene allí establecido Don Alonso de Rivera.

—Yo encontraria el modo de allanar todo si vos me ayudarais—dijo Martin.

—Dispuesto estoy.

—Permitidme que os haga algunas preguntas.

—Hablad.

—¿Vivís aún con vuestro carácter de pobre Lázaro en la casa de Mejía?

—Sí.

—¿Hablais con Don Alonso?

—Casi nunca.

—¿Pero podríais hablarle?

—Seguramente que sí.

—¿No desconfia de vos?

—No, que yo sepa.

—En tal caso, si me dais permiso, me atreveré á indicaros lo que debeis hacer.

—Veamos.

—Como por via de inspiracion del cielo, ó como consejo,

ó como resultado de la costumbre que todos los santones tienen de meterse en las ajenas conciencias, acercaos á Don Alonso y decidle que vos conocísteis á un sacerdote que con vos fué hasta la Tierra Santa á pié, que es varon de ejemplares virtudes, que aunque por escrúpulos ni confiesa ni dice misa, ni cosa semejante, tiene del Espíritu Santo el don de consejo, y una grande uncion evangélica; que convendria á la salvacion del alma de Don Pedro y al descanso de la conciencia de Don Alonso, que con Mejía hablase: creo que Don Alonso no pondria dificultades, sobre todo si le decís que conviene que tenga él una conferencia con el dicho sacerdote que vos le proponéis.

—¿Pero cuál es el objeto?

—Ya vereis; hacedme, os ruego, tal servicio, que con ello servireis á una causa noble y digna de vos.

—¿Y luego?

—Tan pronto como tengais una resolucion, avisadle á Teodoro, que él me lo dirá: vamos en primer lugar á salvar de la miseria á una jóven buena, inocente y digna de toda la felicidad, y en segundo, evitamos que las riquezas de Mejía pasen á las manos de Don Alonso de Rivera.

—Creo que no habrá mas trabajo que convencer á Mejía—dijo Teodoro.

—Os engañais—contestó Don César;—la lucha va á ser mas terrible de lo que os podeis suponer, porque no es solo Don Alonso, sino que cuenta con auxiliares poderosos.

—Lo comprend —agregó Martin—pero ya veremos.

Martin se despidió y volvió á su casa tramando el plan de ataque y defensa para reconquistar á Doña Esperanza la herencia de su padre.

La mañana siguiente al entrar Don Alonso á la casa de Mejía, salió á su encuentro el pobre Lázaro.

—Perdóneme su señoría—dijo—pero me veo en la precisión de hablarle, molestando su atención.

—¿Qué se ofrece?—contestó con altivez Don Alonso.

—Mi conciencia me obliga—dijo Lázaro—á dirigirme á su señoría, haciendo á un lado todos los respetos humanos, porque se trata de la salud de mi protector el señor Don Pedro de Mejía.

—¿Conoces por ventura tú algun remedio para aliviar su dolencia?

—La salud del cuerpo es lo que menos importa á un cristiano.

—¿Entonces?

—La salud del alma es superior á todas, y mi señor Don Pedro la pierde, porque no da paso para ocurrir á la religion.

—¿Quién te mete á predicador?

—¿Quién mete á todo buen cristiano á procurar el bien de su prójimo? la obligación que tenemos de mirar los unos por los otros; gravada creeria yo mi conciencia y expuesta mi seguridad con el Santo Tribunal de la Fe, si pudiendo salvar una alma no lo hiciese por negligencia.

—En efecto—contestó Don Alonso vacilando.

—Porque—continuó Lázaro—si la Inquisicion supiera que Don Pedro moria impenitente, quizá intervendria, recogiendo todos sus bienes, y dando sobre los que en la casa y en su amistad estábamos, porque no hicimos empeño en que se reconciliara con nuestra Santa Madre Iglesia.

—Pero si él se niega á confesarse.

—Lo supongo, y que no es por causa de vuestra señoría; pero por eso queria hablar á su señoría. Conozco un varon pío y ejemplar, que conmigo peregrinó hasta los Santos Lugares, el cual por demasiado escrupuloso no confiesa; pero

tal uncion llevan sus palabras, que á permitir vos que hablase con Don Pedro, se convenceria.

—¿Pero sin conocerle yo?

—Le traeria; que mas prudente me parece que su señoría hable con él para que se forme juicio de su virtud y saber, y luego su señoría decidirá.

—Le pensaré.

—Bien; pues le recordó á su señoría que he salvado mi responsabilidad, por si sucediere una desgracia y el Tribunal de la Fe haya de intervenir en el negocio.

Don Alonso comprendió que esto era casi una amenaza de denuncia en el caso de que Mejía muriera sin confesion; subió á ver al enfermo y seguia peor.

Las palabras del «pobre» le habian impresionado; quizá no tenia malas intenciones, quizá era un aviso del cielo.

Por otra parte, Mejía muriendo impenitente, seria declarado hereje, y la Inquisicion daria sobre sus bienes, y entonces Don Alonso perdia todo.

Pocos momentos despues Don Alonso hizo subir á Lázaro.

—¿Dices—le preguntó—que tú conoces á un hombre que es justo y virtuoso, capaz de tocar el corazon de Don Pedro?

—Con el favor de Dios creo que le conseguirá.

—¿En dónde vive?

—Aquí en México.

—Llévame á verle.

—Mejor será que le traiga yo para que hable con su señoría.

—¿Por qué no en su casa?

—Porque allí ninguno de los del mundo entra.

—Bien, es lo mismo: ¿cuándo le traes?

—Esta noche, á la hora que mande su señoría.

—A las ocho.

—Vendrá.

—¿Respondes de él?

—Con mi vida respondo á su señoría.

Lázaro salió en busca de la persona de quien habia hablado á Don Alonso, y necesariamente fué á dar á la casa de Teodoro, y puso al negro al tanto de todo lo ocurrido.

Entonces el negro fué el que salió en busca de Garatuza, dejando á Don César en espera.

Tres cuartos de hora tardó, y al volver dijo á Don César:

—Martin os suplica le digais adónde debe buscaros esta noche, ó si os parece mejor que espere aquí á las siete y media de la noche.

—Paréceme mas conveniente el venir aquí por él, y así se lo direis.

—De todos modos él vendrá aquí á las siete.

—En ese caso, aquí estaré. Adios.

—Dios os guarde.

Doña Catalina no pudo resistir mucho tiempo la reclusion voluntaria que se habia impuesto en la casa de Teodoro. Las teorías racionales y prudentes de Don César habrian hecho efecto en otro corazon menos variable que el de aquella mujer, y en otro espíritu menos exaltado y menos afecto á las emociones violentas y las aventuras.

¿Qué esperaba ella en la situacion en que se habia colocado? Nada, ningun desenlace, ninguna peripecia, y una vida tranquila y pacífica no era propia de su carácter.

Meditó tanto en esto, que su situacion llegó á serle insostenible, y sin dejar de agradecer á Don César, cuyos

proyectos no conocia, ni á Teodoro, lo que por ella hacian, determinó abandonar aquella casa y volver á la suya.

Una tarde, cerca de oscurecer, tomó la caja en que tenia sus alhajas, y envuelta en su manto salió sin que Teodoro ni su familia se aperciesen de lo que hacia.

De propósito no habia querido que se quitara la casa que habitaba en la calle de Ixtapalapa, ni habia querido dar las llaves, que conservaba en su poder.

Calculaba durante el camino, que su madre no podria seguir mucho tiempo en la prision, que fingiéndole ella una reconciliacion con Don Pedro, sacaria quizá tantas ventajas como si fuera su mujer, y además, que si la verdadera mujer de Mejía era aquella negra, cosa indudable seria que Don Pedro no vacilaria entre dos mujeres de las que una era el tipo de la belleza y otra el modelo de la fealdad; contaba ella con el apoyo de Don Alonso, y si bien no se arrepentia del brusco rompimiento con Don Pedro, sí creia conveniente templar su enojo y dar lugar á la dulzura y reconciliacion. Tal vez así seria mejor, y tal vez así encontraria modo de libertar á su madre.

Distraida con estas reflexiones llegó hasta su casa, y lo primero que llamó su atencion fué ver luces al través de las ventanas.

Comenzó á subir y notó con admiracion que las cerraduras de las puertas estaban forzadas.

Entró á la sala y se encontró en los brazos de Doña Catalina.

Hija y madre se refirieron mutuamente sus aventuras y pasaron despues á hablar de los negocios de familia.

—Reflexionándolo bien—decia la vieja—creo que no conviene un rompimiento absoluto con Don Pedro, y menos aho-

ra que está enfermo, y que según me ha dicho Don Alonso, es cosa grave.

—Sin conocer esa circunstancia habia yo reflexionado lo mismo.

—Don Pedro está verdaderamente apasionado de tí, y si es casado, no es culpa tuya y puede que ni de él; además, aun no es cosa segura que esa negra sea su mujer, hámele así dicho Don Alonso, y que se piensa aclarar la verdad del asunto: si resulta que Don Pedro no es casado, tú eres su verdadera esposa; y si por el contrario, esa negra fuera su mujer y tú no eras insensible, ella tendria solo el nombre, mientras que tú dispondrias de la persona y caudales de su marido.

—Eso mismo habia yo pensado.

—Pero es necesario que la reconciliacion se haga de una manera tan fina, que Don Pedro la reciba como un gran favor, como un don especial del cielo.

—¿Don Alonso se encargará de ello?

—Voy á enviarle á llamar, que allí estará en la casa de enfrente.

—Ante todo, decidle que yo me resisto demasiado; es necesario que él mismo esté engañado en este negocio; Don Alonso es un hombre de quien yo no tengo entera confianza.

—Descansa en mí, y ya verás.

—Por ahora me retiró, que no conviene que me vea sino hasta haber hablado con vos: ya me llamareis.

—Anda.

XIV.

Donde se cuenta cómo entró Martin á la casa de Don Pedro de Mejía, y otras cosas.

Don Alonso de Rivera esperó la noche de la cita al personaje que le habia anunciado Lázaro. Don Pedro seguia cada vez mas enfermo, su postracion era grande, y no queria absolutamente confesarse; creia que con esto aceleraba el momento de su muerte.

Don Alonso comenzaba á tener miedo á la Inquisicion, y sobre todo, á que se apoderase de los bienes.

A las ocho en punto de la noche Lázaro se presentó, seguido de un hombre de extraña apariencia.

Era al parecer muy avanzado de edad, tenia la barba y el cabello enteramente canos y muy crecidos, andaba sin dificultad aunque apoyándose en un grueso baston, y vestia un traje negro, sin adornos ni alamares; una larga capa tambien negra le cubria entre sus anchos pliegues, y llevaba en la mano un ancho sombrero de la forma de los que usaban los peregrinos.

La figura de aquel anciano infundia respeto.

—La paz de Dios sea en esta casa y en todos sus moradores—dijo el anciano.